QUEVEDO Y YO NUNCA FUIMOS AMIGOS,

pero os contaré una historia

Francisco Javier Tostado

STONBERG
EDITORIAL

QUEVEDO Y YO
NUNCA FUIMOS AMIGOS,

PERO OS CONTARÉ UNA HISTORIA

Francisco Javier Tostado

STONBERG
EDITORIAL

Primera edición: febrero 2021

© Francisco Javier Tostado Fernández

© del prólogo: Héctor Castro Ariño

© de las características de esta edición: Stonberg Editorial
Gran Via de les Corts Catalanes 636 – 08007 Barcelona (Catalunya)
Tel. 933 175 412
stonberg@stonbergeditorial.com
www.stonbergeditorial.com

© Imagen de la cubierta: Pedro Antón
Cubierta: Stonberg Editorial
Producción: Stonberg Editorial

ISBN: 978-84-122151-6-8
DEPÓSITO LEGAL: B 3498-2021

Ninguna parte de esta publicación,
incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida,
almacenada o transmitida de ningún modo ni por cualquier medio,
ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o fotocopia
sin el permiso previo de la marca editorial

PRÓLOGO

¿Quieren saber por qué los atletas competían desnudos en los Juegos Olímpicos de la Antigüedad? ¿Gustarían de conocer cuál es la más antigua recopilación de chistes de toda la historia o por qué Quevedo odiaba a los médicos? ¿Desean descubrir por qué sueñan en color o en blanco y negro? ¿Conocen qué es, en realidad, el miedo? Si la respuesta a las anteriores preguntas ha sido afirmativa, solo tienen que continuar leyendo la obra que tienen entre las manos.

Cuando Francisco Tostado me propuso prologar su último libro, experimenté dos sensaciones heteróclitas: por un lado, mucha ilusión; por otro, mucho respeto, así como una gran responsabilidad advenida. Ilusión, porque Francisco es un buen amigo y, el poder colaborar en la obra de un amigo es, siempre, hartamente satisfactorio. Respeto y responsabilidad porque, más allá de la amistad, el autor es un reconocido doctor y un escritor versado en la historia, por lo que la tarea encomendada adquiere un gran compromiso de profesionalidad, que espero haber cumplido.

La prosa de este escritor consigue seducir al lector desde el principio y, además, acerca una infinidad de hechos históricos y de anécdotas reales a todo tipo de leedores. Si son ustedes curiosos, disfrutarán una a una las páginas de este volumen que, como no podía ser de otra manera, dedica una sección especial a genuinos acontecimientos que tienen en la medicina su eje central.

Seguro que a todos nos cuesta entender la letra de un médico en sus prescripciones, pero ¿sabían que el rey Jaime I *el Con-*

quistador multaba a los doctores de su reino cuya letra resultara ilegible en las recetas? También es muy probable que conozcamos algún remedio natural con la orina, pero ¿¡alguno de ustedes es conocedor de que el orín se ha utilizado para fabricar bombas!? En estos casos, si su respuesta ha sido negativa, les exhorto de nuevo a leer la presente obra que, siendo divertida y amena, destila rigor y veracidad.

Las historias que explica Francisco Tostado vieron la luz, primero, a través de su blog, *Historia, medicina y otras artes*. Un blog que es seguido por miles de personas y que ha sido visitado por millones procedentes de todos los rincones del planeta. El autor ha tenido la capacidad de trasladar al papel todo aquello que quiere contar y, además, siempre con precisión y con su particular estilo. Con un humor sutil o expedito, según la ocasión, o con la seriedad que se requiere en otros casos se ha conformado una gran colección de artículos históricos muy originales que, sin duda, daría para muchos libros. De momento, deleitémonos con esta selección que el propio doctor Tostado ha elaborado en el presente libro. Que ustedes lo disfruten.

.

Héctor Castro

«Quizá la más grande lección de la historia
es que nadie aprendió las lecciones de la historia.»
(Aldous Huxley)

CAPÍTULO I

PARA HISTORIAS, LAS ANTIGUAS

Las diez (no) plagas bíblicas

El Antiguo Testamento narra cómo Moisés y su hermano Aarón advierten al faraón del castigo de Dios si no deja salir de Egipto a su pueblo esclavizado. El número de plagas que sufrió varía según los Salmos y en la narración final del Éxodo se describen diez. Para los teólogos estas catástrofes no son la crónica histórica de un castigo divino, sino una confesión de fe de la supremacía del Dios hebreo sobre las deidades egipcias y, aunque tienen su base histórica, también pueden tener una explicación científica.

La Biblia no cita al faraón del Éxodo por su nombre, pero menciona el 1446 a. C. como la fecha probable del suceso e indica que los hebreos partieron de Ramesés, ciudad que se fundó en los tiempos de Ramsés II. Controversias aparte, las plagas castigaron la capital de Egipto en el Delta del Nilo durante el reinado de este faraón, que fue abandonada años después probablemente a consecuencia de las mismas. Encontramos testimonio de ellas en las Cartas de El-Amarna, unas tablillas de arcilla que contienen la correspondencia entre la corte egipcia y otros Estados del Próximo Oriente en las que se describe una plaga que asoló al país. También en la Estela de la Tempestad de Ahmose I, donde se describen tormentas que devastaron al país.

Todo parece indicar que el cambio climático ocurrido tras la brutal erupción sucedida tres siglos antes del reinado de Ramsés II, en Santorini, al sur de mar Egeo, afectó a todo el hemisferio norte y explica las plagas descritas.

Primera plaga

Moisés golpeó el río Nilo con su bastón y las aguas se convirtieron en sangre, mientras su hermano Aarón hizo lo mismo en los estanques y canales, convirtiendo el agua en imbebible y matando a todos los peces del río. La explicación al color rojo del Nilo la encontramos en los terremotos posteriores a la erupción, que causaron escapes de dióxido de carbono y de hierro cerca del río, este formó hidróxido de hierro al contactar con el oxígeno. Otra posibilidad es la atribuida al alga *Oscillatoria rubescens*, que se expandió por el Nilo al volverse el agua fangosa a consecuencia de las altas temperaturas y al morir originó el color rojizo del río.

Segunda, tercera y cuarta plagas

La invasión de las algas obligó a las ranas que vivían en el Nilo a abandonarlo disminuyendo drásticamente su población, que a su vez favoreció el aumento de mosquitos y otros insectos que se multiplicaron sin control, ocasionando picaduras y enfermedades al ganado y a la población.

Quinta y sexta plagas

La Biblia describe como «pestilencia» a las epidemias que originaban úlceras, forúnculos y sarpullidos en la piel, muchas veces mortales como la malaria y la viruela, además, el ganado murió por infecciones agravando la hambruna.

Séptima plaga

La lluvia de fuego y granizo se explica por la propia erupción del volcán, que lanzó miles de millones de toneladas de cenizas que pudieron haber chocado con tormentas sobre Egipto y producir el granizo.

Octava y novena plagas

La ceniza debió de cubrir el cielo en su totalidad y al caer a tierra destruyó los cultivos y alteró el clima provocando precipitaciones y un aumento de la humedad, circunstancia que favoreció la reproducción de langostas y la destrucción de la vegetación.

Décima plaga

En este momento, los magos egipcios, el pueblo y los funcionarios pidieron al faraón que dejara salir a los israelitas de una vez, pero no accedió a la petición hasta que llegó la peor de todas las plagas: la muerte de su primogénito y de todos los primogénitos de cada familia egipcia. Ahora se nos plantean dos preguntas, ¿cuál pudo ser la causa de que muriera y por qué afectó solo a los primogénitos? Para contestar a la primera pregunta debemos tener presente que la intoxicación por dióxido de carbono generado por la erupción impidió la oxigenación de la sangre al unirse con la hemoglobina. La segunda pregunta encontraría su respuesta en el privilegio que tenían los primogénitos al dormir en la parte más baja de la casa, donde el gas se acumulaba al ser más pesado que el aire. Encontramos otra explicación al misterio en las mismas algas que tornaron rojo el Nilo y que liberaron

unas micotoxinas potencialmente letales que contaminaron el grano de trigo y el medio ambiente. Los primogénitos eran los primeros en recoger el grano, así se expusieron más precozmente a la plaga.

Existen incoherencias en la narración y según los estudiosos el relato de las plagas es un combinado de tres narraciones distintas de épocas diferentes. Fue tan importante el acontecimiento del Éxodo que la tradición oral amplió y cargó de detalles lo realmente sucedido añadiendo dramatismo al relato. Sin embargo, una vez más la ciencia puede ayudar a explicar lo inexplicable, y en esta ocasión, una erupción volcánica, el cambio climático y un alga, bien pudieron ser el motivo de las apocalípticas plagas explicadas en la Biblia.

La Melificación humana o cómo momificarse dulcemente

La medicina avanza a pasos agigantados, muestra de ello es la prometedora investigación del uso de implantes electrónicos insertados en el cuerpo humano con fines médicos para tratar algunas enfermedades neurodegenerativas. En el pasado también se utilizó el propio cuerpo para curar, aunque no se andaban con tantos remilgos y para conseguirlo se comían el cadáver, literalmente. Así, se utilizó durante siglos el polvo de momia como remedio milagroso para casi todos los males y la sangre de valerosos gladiadores en el tratamiento de la epilepsia. Otro proceso menos conocido es la melificación humana, una práctica que algunos niegan, otros, historiadores expertos en el tema, la confirman.

La melificación humana consiste en la disolución de un cadáver en miel para obtener una sustancia medicinal. No es tan conocida como otros tipos de momificación al no haberse encontrado ningún cuerpo melificado, además, las fuentes históricas que la describe son escasas y poco fiables.

Lo menciona por primera vez el médico más famoso de la dinastía Ming, el farmacólogo chino Li Shizen, en el siglo XVI, que con tan solo treinta años se convirtió en doctor imperial. Narra en la sección 52 de su tratado *Bencao gangmu* que algunos ancianos en Arabia se sometían a un proceso de «momificación en miel». Pero antes, mucho antes, babilonios, persas, egipcios, griegos y romanos ya conocían las propiedades curativas y la capacidad de conservación de la miel. La utilizaron para embalsa-

mar a los personajes más ilustres de la época como el gran Alejandro Magno:

«(…) antes de introducir su cuerpo en un ataúd de oro, se conservó en un recipiente de arcilla lleno de miel».

El proceso de la melificación comenzaba antes de la muerte. Cuando un hombre presagiaba el fin de su vida manifestaba la voluntad de autosacrificarse para este fin y dejaba de comer cualquier otro alimento que no fuera miel, incluso se bañaba en ella. De esta forma, las secreciones de su cuerpo, el sudor y sus propias heces consistirían en miel (al menos, serían dulces). Tras su fallecimiento el cuerpo se depositaba en un sarcófago de piedra sumergido a su vez en este elemento durante al menos cien años. Pasado este tiempo se producía una especie de sustancia que se empleaba en curar muchas enfermedades, un preparado muy codiciado que se vendió a precio de oro.

Las propiedades curativas de la miel se conocen desde la Antigüedad. En los primeros asentamientos humanos ya existía la apicultura y encontramos evidencias arqueológicas de su consumo desde el periodo Mesolítico (7000 años a. C.). La primera referencia escrita de este uso corresponde a una tablilla de Sumeria fechada en aproximadamente en el año 2000 a. C. La miel se utilizó para tratar las heridas y así se hace constar en los papiros de Ebers y Smith (1500 a. C.). Hipócrates la recomienda, Avicena en su libro *Cánones de la medicina* confía en sus propiedades curativas para tratar úlceras profundas infectadas y Plinio el Viejo (siglo I d. C.) la mezcla con aceite de hígado de bacalao.

No sabían porqué sanaba las heridas, pero lo cierto es que mejoraban. Entre sus componentes encontramos la glucosa oxidasa, que ayuda a cicatrizarlas, además de tener actividad antimicrobiana. Igualmente, presenta efectos antiinflamatorios y estimula la formación de nuevos vasos en los tejidos en regeneración.

En la actualidad, la miel sigue utilizándose con buenos resultados en el tratamiento de las úlceras en las piernas y del pie diabético, los abscesos y las quemaduras. Se utiliza en lociones, geles y cremas con fines cosméticos y en el tratamiento de las arrugas de la piel, algo que, por otra parte, ya recomendaron Hipócrates y Avicena. Estos médicos también la recomendaron para calmar la tos y, mezclada con pétalos de rosa, en el tratamiento de los primeros síntomas de tuberculosis.

Favorece la absorción intestinal, disminuye la acidez gástrica aliviando las molestias de gastritis y las úlceras del estómago, estimula el peristaltismo del intestino, favorece la eliminación del alcohol en la sangre, mejora el insomnio crónico y la circulación de las coronarias, sin olvidarnos que también se utilizó en el tratamiento de algunas afecciones oculares, eso sí, debía de ser miel estéril de panal.

«(…) miel mezclada con jugo de cebolla, trébol y grama, muy útil en las enfermedades de los ojos, aclarando la opacidad de la vista».

La miel aporta muchos beneficios a nuestro cuerpo y si me lo permiten les daré dos consejos: cuando tomen antibióticos ingieran yogurt con miel, su flora intestinal se lo agradecerá, y nunca se la den a los niños menores de un año si no quieren arriesgarse a provocarle una grave infección conocida como

botulismo, porque la miel al mezclarse con los jugos digestivos no ácidos del bebé pueden favorecer el crecimiento de esporas *Clostridium botulinum*.

El Nilo «de semen»

Hasta hace pocos años, oculto en una sala del Museo Británico entre el polvo del paso del tiempo y la oscuridad del que quiere esconder algo, se encontraba el «Armario 55». En su interior había una serie de objetos considerados «incómodos» para mostrar en público, una colección entregada por el cirujano Alfred Witt con la condición de que no fueran expuestos. Esculturas fálicas egipcias, griegas y romanas, grabados, pergaminos obscenos y hasta un cinturón de castidad que podía escandalizar a las mentes más puritanas del momento.

Cuando el egiptólogo francés Jean-François Champollion consiguió descifrar lo que decían los textos antiguos, fue el primero en perturbarse al descubrir que en el Egipto faraónico el acto sexual se representaba e interpretaba como algo natural, sin tapujos. Existen muy pocos escritos egipcios que traten este asunto, el que más información aporta es el Papiro Erótico de Turín, en el que se representan doce escenas sexuales satíricas. En él pueden verse frases como «Ven y métemela por detrás». Sí, puede escandalizar (o no) en nuestros tiempos, pero quien lo decía era un sacerdote en plena orgía. Aquí lo dejo, bueno, mejor sigo.

Según la cosmología egipcia todo comenzó con Atum «Aquel que existe por sí mismo». Este dios creador, primera deidad del panteón egipcio, decidió crear el Universo, otros dioses, la Tierra y… el Nilo. ¿Cómo lo hizo? Según el mito, masturbándose. Su eyaculación dio origen a los gemelos Shu y Tefnut, dios del

aire y de la humedad, respectivamente, y su semen dio lugar al Nilo, la principal fuente de subsistencia de los egipcios.

En el antiguo Egipto, la crecida del Nilo representó la abundancia y supervivencia del pueblo. Para mantenerlo siempre vivo celebraban una vez al año una ceremonia en agradecimiento al Dios Atum en la que el faraón se masturbaba a orillas del río asegurándose de que su semen corriera por el agua del Nilo, de esta manera se preservaba la fertilidad y el ciclo de la vida. A continuación, el resto de los asistentes hacía lo mismo.

«Nk» era la palabra más común para describir en lengua egipcia el acto sexual. Para ellos, el semen tenía un valor sagrado y el sexo era mucho más que un simple acto físico. Los faraones permitían el matrimonio entre hermanos, sabemos que en ocasiones también entre padre e hija, una manera de preservar la «pureza» del linaje. Era algo bien visto y se piensa que también se celebraban ceremonias religiosas en las que se practicaba el sexo en grupo como rito de fertilidad. No hace falta que os diga que, además de Champollion, toda la sociedad se escandalizó al conocer estas y otras costumbres como la del faraón Ramsés II, al asegurar haber tenido más de veinte reinas e innumerables concubinas con las que tuvo muchos, pero muchos hijos.

Si no eras faraón o alguien muy cercano a él, lo más usual era la monogamia y, aunque la poligamia estaba permitida, no era frecuente. Los hombres solían casarse con dieciséis años y las mujeres con catorce. Estas podían llegar al matrimonio habiendo mantenido previamente relaciones y para formalizarlo no se realizaban ceremonias ni contratos, sino que era algo mucho más sencillo al entenderse como un fin reproductivo. Es curioso comprobar que en ocasiones se realizaban uniones temporales conocidas como matrimonios «de prueba» o con la sin-

gular expresión «un año de comer», que permitía a la pareja experimentar la vida en común.

Puede que el calor de Egipto y el hecho de llevar poca ropa, en ocasiones iban desnudos, contribuyera a normalizar la concepción de las relaciones sexuales. Muchas de las prostitutas eran también bailarinas, tocaban algún instrumento y se las conocía como *kat tahut*, que viene a significar algo así como «vulva». A diferencia de la antigua Roma, la felación no era una práctica considerada impura y la realizaban *felatrices* que se diferenciaban del resto por pintarse los labios de rojo vivo.

En el papiro Ebers se describe cómo algunos embalsamadores practicaban la necrofilia sin que fuera castigada, probablemente no fuera bien vista, pero tampoco era duramente censurada. Algunos la explican diciendo que el dios Osiris, la primera momia, estableció que todos los muertos tenían que copular con su «alma» antes de pasar al otro mundo.

Los egipcios, el Nilo y sus tres estaciones

¿Qué hubiera sido de la civilización egipcia sin el Nilo? Lo más probable es que nunca hubiera llegado a ser lo que fue. Venerado como un dios, sus crecidas anuales marcaron la vida de todos los que vivían en su orilla. Pero, lejos de ser una vida apacible, un paraíso como nos pueden hacer pensar las representaciones de época faraónica, la línea entre la vida y la muerte resultó ser muy fina. Vivían siempre al borde de la hambruna y con la incertidumbre del éxito o del fracaso de la cosecha, siempre pendientes de la crecida del río, el río de la vida.

Los egipcios se alimentaban con proteínas animales en muy contadas ocasiones, solo la clase alta y los trabajadores del faraón las consumían con más frecuencia, aunque no es raro encontrar en los yacimientos restos de un animal casi nunca representado en las tumbas: el cerdo. Además de consumirlo podría tener la misión de eliminar molestas alimañas y otras inmundicias, y tal como dije antes, la vida en el poblado no debió de resultar idílica precisamente. No disponían de medios para eliminar los desechos humanos, la crecida del río arrastraba las basuras y los excrementos acumulados durante el año. Si alguna vez han viajado a Egipto en invierno seguro que comprobaron que las noches son frías, muy frías. Esto, sin embargo, no cuadra mucho con la manera de vestir, tapados con un taparrabos. Lo habitual era que no necesitaran más ropa, aunque las enfermedades ocasionadas por la exposición solar estaban a la orden del día.

Cuenta el mito que la crecida del Nilo se alimenta por las lágrimas que Isis vierte por la muerte de su esposo Osiris. Y tan importante fue en sus vidas que el ciclo anual del río marcó sus estaciones en tres, que a su vez se dividían en cuatro meses cada una:

Primera Estación:

La inundación *(Akhet)*. De finales del verano y otoño. Se iniciaba el año y sus meses eran *thot, faofi, ahyr y joiak*. En este tiempo irrigaban los campos, guardaban la anterior cosecha, y al ser los meses que menos trabajo tenían eran frecuentes las fiestas religiosas.

Segunda Estación:

La siembra *(Peret)*. De invierno y principio de la primavera. Dividida en cuatro meses: *tybi, me-shir, famenoth y farmuthi*. Germinaba la cosecha y el Nilo se retiraba dejando sobre la tierra el limo negro, que permitía ser arada y sembrada. Se celebraba el Festival de Min.

Tercera Estación:

La cosecha (Shemu). De finales de la primavera y principio de verano. Con los meses *pakhon, paini, epifi y mesore*, los más duros al tener que realizar la siega, la recolección y la trilla. Se celebraba una importante ceremonia, la Bella Fiesta del Valle.

En definitiva, ser campesino y vivir cerca del río Nilo no suponía estar en ningún paraíso, sino todo lo contrario.

Papá, papá, ¿por qué ese señor compite desnudo en las Olimpíadas?

Cualquier niño (y adulto) se extrañaría de presenciar esa escena, pero no, la acción transcurre durante los Juegos Olímpicos de la Antigüedad. Respondamos la cuestión y descubramos otras curiosidades olímpicas de aquellos tiempos tan, tan lejanos.

En la antigua Grecia el cuerpo desnudo no era algo que escandalizara, todo lo contrario, el culto y la exposición del cuerpo no era mal visto. En realidad, se desconoce el verdadero motivo de competir en las Olimpíadas tal como llegamos a este mundo, y aunque algunos historiadores lo atribuyen a ritos de iniciación, todo parte de una leyenda.

«Un tal Orsipo de Megara, durante los decimoquintos Juegos Olímpicos, en el año 720 a.C., ganó la prueba de velocidad al desprenderse de su ropa durante la carrera. Después, otros corredores hicieron lo mismo al comprobar que así eran más rápidos».

Los Juegos Olímpicos comenzaron a celebrarse en el año 776 a. C. hasta el año 393 d. C., tras ser abolidos por el emperador Teodosio. Bien, en realidad, los Juegos Olímpicos se venían celebrando mucho antes, pero no se computan al desconocer los nombres de los vencedores. El poeta Píndaro atribuye su fundación a Heracles de Argos, hacia 1200 a. C., por su victoria sobre Augias, antes de la guerra de Troya. De hecho, era fre-

cuente que se organizasen para agradecer a los dioses alguna victoria, evidenciando su carácter religioso. Así, el origen de los Juegos se pierde en el tiempo y teorías mitológicas de su creación hay muchas.

El primer atleta que grabó su nombre en las tablas sagradas de Olimpia fue un humilde panadero de Élide (cocinero, según las fuentes que se consulten), de nombre Corebo. Participó en la única carrera programada *(stadion),* de 192,28 metros, el largo del estadio.

Destacaron muchos, algunos considerados semidioses: Milón de Crotona, seis veces campeón en lucha libre y el más famoso de la antigua Grecia en su disciplina. Se cuenta que entrenaba todos los días levantando un ternero y que era capaz de arrancar un árbol y de doblar una moneda con los dedos. Un día, mientras entrenaba intentó partir un árbol que ya se encontraba medio rajado, con la mala suerte que se enganchó la mano en el tronco. Esa noche una jauría de lobos acabó con su vida y le devoraron; Arrichión, que salió vencedor en todos los combates en los que participó hasta que se rompió el dedo del pie y tras denegarle la suspensión del combate, su adversario se arrojó sobre él y lo estranguló aprovechando el descanso; Leónidas de Rodas, que ganó tres carreras diferentes y se adjudicó doce victorias, y Melankomas de Caria, famoso por su característica forma de luchar, sencilla y agotadora para sus oponentes.

Los atletas tenían entrenadores que les preparaban durante al menos diez meses, y debían presentarse en la ciudad de Elis un mes antes de la ceremonia inaugural, donde juraban delante de la estatua de Júpiter que respetarían las normas de los Juegos. Se sometían a estrictas dietas, principalmente higos, queso fresco y nueces, bebían poco vino, descansaban, practicaban sexo «con

moderación» y disponían de criados que les masajeaban. Siempre había «listillos» que utilizaban alguna sustancia dopante como la miel, la jalea real, el aguardiente y los hongos alucinógenos, y no, no penséis que estaba prohibido doparse, al contrario, era algo bien visto.

No todo el mundo podía participar en los Juegos. Debías ser hombre, libre, de familia noble y con un físico casi perfecto. A las mujeres casadas se les tenía prohibido no solo participar, sino asistir, más por un tema religioso que moral, bajo pena de ser lanzadas desde el monte Tipeo, sin embargo, a las mujeres solteras se les permitía la entrada.

Al finalizar los Juegos Olímpicos masculinos, las mujeres celebraban un concurso deportivo, los Juegos Hereos, en honor a la diosa Hera. Estos consistían en una carrera a pie en la que las mujeres vestían túnicas cortas y llevaban el pecho derecho al descubierto, como si de amazonas se trataran.

No se permitía a las mujeres participar como aurigas, aunque sí como dueñas de los caballos. Según Pausanias, en el año 396 a. C. una mujer de nombre Cinisca, nacida en Esparta e hija del rey Arquídamo II, experta en caballos, decidió entrenar un equipo de hombres para presentarse en los Juegos Olímpicos en la categoría de las carreras de carros de cuatro caballos *(cuadriga)*. No solo ganó, sino que repitió la victoria cuatro años después. Su hazaña tuvo tanta repercusión que le dedicaron en el santuario de Olimpia una inscripción en la que se declaraba que fue la única mujer que ganó la corona de flores en las carreras de carros de los Juegos Olímpicos.

«Reyes de Esparta son mis padres y hermanos. Cinisca, vencedora con un carro de veloces corceles, erijo esta estatua y me declaro como la única mujer de toda Grecia que ha ganado esta corona».

La carrera más larga que se disputaba tan solo tenía cinco kilómetros de longitud, y no comenzaron a correrse maratones hasta que el barón Pierre de Coubertin diera su famoso discurso en la Soborna, el 25 de noviembre de 1892, declarando la necesidad de internacionalizar el deporte organizando unos nuevos Juegos Olímpicos.

Hoy, como antes, la gloria de los Juegos está al alcance de muy pocos, pero esto no es excusa para no levantarse del sofá, coger un chándal y comenzar a correr. No llegaremos a ser semidioses, pero nuestra salud nos lo agradecerá.

STONBERG
EDITORIAL